



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 23 de mayo de 2007

Viaje apostólico a Brasil

Queridos hermanos y hermanas:

En esta audiencia general quisiera recordar el viaje apostólico que realicé a Brasil del 9 al 14 de este mes. Después de dos años de pontificado, finalmente he tenido la alegría de visitar América Latina, a la que tanto quiero, y donde vive, de hecho, una gran parte de los católicos del mundo. La meta fue Brasil, pero quise abrazar a todo el gran subcontinente latinoamericano, pues el acontecimiento eclesial que me impulsó a ir allí fue la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe.

Deseo renovar mi profunda gratitud a los queridos hermanos obispos, en particular a los de São Paulo y Aparecida, por la acogida recibida. Doy las gracias al presidente de Brasil y a las demás autoridades civiles por su cordial y generosa colaboración. Con gran afecto, agradezco al pueblo brasileño la cordialidad con que me acogió —fue verdaderamente grande y conmovedora— y la atención que prestó a mis palabras.

Mi viaje tuvo ante todo el valor de un acto de alabanza a Dios por las "maravillas" obradas en los pueblos de América Latina, por la fe que ha animado su vida y su cultura durante más de quinientos años.

En este sentido, fue una peregrinación que tuvo su momento culminante en el santuario de la Virgen *Aparecida*, Patrona principal de Brasil. El tema de la relación entre fe y cultura fue siempre muy importante para mis venerados predecesores Pablo VI y Juan Pablo II. Quise retomarlo

confirmando a la Iglesia que está en América Latina y el Caribe en el camino de una fe que se ha hecho y se hace historia vivida, piedad popular, arte, en diálogo con las ricas tradiciones precolombinas así como con las múltiples influencias europeas y de otros continentes.

Ciertamente el recuerdo de un pasado glorioso no puede ignorar las sombras que acompañaron la obra de evangelización del continente latinoamericano: no es posible olvidar los sufrimientos y las injusticias que infligieron los colonizadores a las poblaciones indígenas, a menudo pisoteadas en sus derechos humanos fundamentales. Pero la obligatoria mención de esos crímenes injustificables —por lo demás condenados ya entonces por misioneros como Bartolomé de las Casas y por teólogos como Francisco de Vitoria, de la Universidad de Salamanca— no debe impedir reconocer con gratitud la admirable obra que ha llevado a cabo la gracia divina entre esas poblaciones a lo largo de estos siglos.

Así, en ese continente el Evangelio ha llegado a ser el elemento fundamental de una síntesis dinámica que, con diversos matices según las naciones, expresa de todas formas la identidad de los pueblos latinoamericanos. Hoy, en la época de la globalización, esta identidad católica sigue presentándose como la respuesta más adecuada, con tal de que esté animada por una seria formación espiritual y por los principios de la doctrina social de la Iglesia.

Brasil es un gran país que conserva valores cristianos profundamente arraigados, pero también vive enormes problemas sociales y económicos. Para contribuir a su solución, la Iglesia debe movilizar a todas las fuerzas espirituales y morales de sus comunidades, buscando convergencias oportunas con las demás energías sanas del país.

Ciertamente, entre los elementos positivos hay que indicar la creatividad y la fecundidad de esa Iglesia, en la que nacen continuamente nuevos Movimientos y nuevos institutos de vida consagrada. También es de alabar la entrega generosa de tantos fieles laicos, muy activos en las diferentes iniciativas promovidas por la Iglesia.

Brasil es también un país que puede proponer al mundo el testimonio de un nuevo modelo de desarrollo: la cultura cristiana puede impulsar una "reconciliación" entre los hombres y la creación, a partir de la recuperación de la dignidad personal en la relación con Dios Padre.

En este sentido, un ejemplo elocuente es la "Hacienda de la Esperanza", una red de comunidades de recuperación para jóvenes que quieren salir del túnel tenebroso de la droga. [En la que visité](#), que me impresionó profundamente y llevo fuertemente grabada en mi corazón, es significativa la [presencia de un monasterio de religiosas Clarisas](#). Esto me pareció emblemático para el mundo de hoy, que necesita una "recuperación" ciertamente psicológica y social, pero sobre todo profundamente espiritual.

También fue emblemática la [canonización](#), celebrada con alegría, del primer santo nativo del

país: fray Antonio de Santa Ana Galvão. Este sacerdote franciscano del siglo XVIII, muy devoto de la Virgen María, apóstol de la Eucaristía y de la Confesión, fue llamado ya en vida "hombre de paz y de caridad". Su testimonio es una ulterior confirmación de que la santidad es la verdadera revolución, que puede promover la auténtica reforma de la Iglesia y de la sociedad.

En la catedral de São Paulo me [encontré con los obispos de Brasil](#), la Conferencia episcopal más numerosa del mundo. Testimoniarles el apoyo del Sucesor de Pedro era uno de los objetivos principales de mi misión, pues conozco los grandes desafíos que el anuncio del Evangelio tiene que afrontar en ese país. Alenté a mis hermanos a proseguir y reforzar el compromiso de la nueva evangelización, exhortándolos a desarrollar de forma capilar y metódica la difusión de la palabra de Dios, para que la religiosidad innata y generalizada de las poblaciones se haga más profunda y se transforme en fe madura y en adhesión personal y comunitaria al Dios de Jesucristo. Los animé a recuperar por doquier el estilo de la primitiva comunidad cristiana, descrita en el *libro de los Hechos de los Apóstoles*: asidua en la catequesis, en la vida sacramental y en la caridad operante.

Conozco la entrega de estos fieles servidores del Evangelio, que lo quieren presentar sin cortapisas ni confusiones, custodiando el depósito de la fe con discernimiento; y conozco también su preocupación constante por promover el desarrollo social, principalmente mediante la formación de los laicos, llamados a asumir responsabilidades en el campo de la política y la economía. Doy gracias a Dios por haberme permitido profundizar en la comunión con los obispos brasileños, que siguen estando siempre presentes en mi oración.

Otro momento destacado del viaje fue, sin duda, el [encuentro con los jóvenes](#), no sólo esperanza para el futuro, sino también fuerza vital para el presente de la Iglesia y de la sociedad. Por eso, la vigilia que animaron en São Paulo de Brasil fue una fiesta de esperanza, iluminada por las palabras que Cristo dirigió al "joven rico", que le había preguntado: "Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?" (*Mt 19, 16*). Jesús le indicó, ante todo, "los mandamientos" como el camino de la vida, y después lo invitó a dejarlo todo para seguirle.

Hoy la Iglesia sigue haciendo lo mismo: ante todo vuelve a proponer los mandamientos, auténtico camino de educación de la libertad para el bien personal y social, y sobre todo propone el "primer mandamiento", el del amor, pues sin amor incluso los mandamientos no pueden dar pleno sentido a la vida y proporcionar la verdadera felicidad. Sólo quien encuentra en Jesús el amor de Dios y emprende este camino para recorrerlo entre los hombres, se convierte en su discípulo y su misionero. Invité a los jóvenes a ser apóstoles de sus coetáneos y, por eso, a cuidar siempre su formación humana y espiritual; a tener gran estima del matrimonio y del camino que conduce a él, con castidad y responsabilidad; a estar abiertos también a la llamada a la vida consagrada por el reino de Dios. En síntesis, los animé a aprovechar la gran "riqueza" de su juventud, para ser el rostro joven de la Iglesia.

La cumbre del viaje fue la [inauguración de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe](#), en el santuario de Nuestra Señora Aparecida. El tema de esta grande e importante asamblea, que se concluirá a finales de mes, es "Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida. "Yo soy el camino, la verdad y la vida"". El binomio "discípulos y misioneros" corresponde a lo que el evangelio de san Marcos dice sobre la llamada de los Apóstoles: "(Jesús) instituyó Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 14-15).

Por tanto, la palabra "discípulos" hace referencia a la dimensión formativa y al seguimiento, a la comunión y a la amistad con Jesús; el término "misionero" expresa el fruto del discipulado, es decir, el testimonio y la comunicación de la experiencia vivida, de la verdad y del amor conocidos y asimilados. Ser discípulos y misioneros implica un vínculo íntimo con la palabra de Dios, con la Eucaristía y con los demás sacramentos, vivir en la Iglesia en escucha obediente de sus enseñanzas. Renovar con alegría la voluntad de ser discípulos de Jesús, de "estar con él", es la condición fundamental para ser misioneros "recomenzando desde Cristo", según la consigna del Papa Juan Pablo II a toda la Iglesia tras el jubileo del año 2000.

Mi venerado predecesor siempre insistió en una evangelización "nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión", como afirmó precisamente hablando a la [asamblea del Celam, el 9 de marzo de 1983](#), en Haití (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de marzo de 1983, p. 24). Con mi viaje apostólico, he querido exhortar a proseguir por este camino, ofreciendo como perspectiva de unificación la de la encíclica *Deus caritas est*, una perspectiva inseparablemente teológica y social, que se resume en esta expresión: *es el amor quien da la vida*. "La presencia de Dios, la amistad con el Hijo de Dios encarnado, la luz de su Palabra, son siempre condiciones fundamentales para la presencia y eficiencia de la justicia y del amor en nuestras sociedades" ([Discurso inaugural de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe](#), n. 4).

A la materna intercesión de la Virgen María, venerada con el título de Nuestra Señora de Guadalupe como patrona de toda América Latina, y al nuevo santo brasileño, fray Antonio de Santa Ana Galvão, encomiendo los frutos de este inolvidable viaje apostólico.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España, México, El Salvador, Guatemala y otros países latinoamericanos. Deseo a todos que la estancia en Roma les ayude a reforzar la fe transmitida por los apóstoles Pedro y Pablo, que aquí dieron su vida por Cristo. Muchas gracias por vuestra visita.

(A los polacos)

Recordando el viaje apostólico a Brasil, os doy las gracias una vez más por vuestras oraciones. Conservo en la memoria muchos de los encuentros de este viaje. Encomiendo los frutos de mi peregrinación a Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de toda América, y al nuevo santo brasileño, Antonio Galvão. A todos deseo una fructuosa estancia en Roma.

(En checo)

Una cordial bienvenida a los peregrinos y colaboradores de la Obra Don Bosco de Praga. La próxima solemnidad de Pentecostés se inserta en el misterio de Dios que, cercano al hombre, lo ama y le ofrece la salvación por medio de su Espíritu.

(A los fieles eslovacos)

Pidamos a Dios que mande los dones de su Espíritu, para que podamos ser testigos valientes de nuestra fe".

(En italiano)

(A los sacerdotes del Colegio San Pablo)

Queridos sacerdotes, al regresar a vuestros respectivos países, haced que fructifique la experiencia cultural, pastoral y de comunión sacerdotal que habéis adquirido durante estos años.

(A los participantes en el tercer Congreso mundial de los medios de comunicación búlgaros)

Que vuestro servicio en las comunicaciones sociales contribuya a hacer que el rico patrimonio cultural y espiritual de Bulgaria sea conocido y apreciado mejor en Europa.

Saludo, por último, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Como preparación para la solemnidad de Pentecostés, que celebraremos el próximo domingo, os exhorto, queridos *jóvenes*, a invocar constantemente al Espíritu Santo, para que os convierta en testigos intrépidos del Resucitado. Que el Espíritu de Dios os ayude, queridos *enfermos*, a acoger con fe el peso del dolor y a ofrecerlo por la salvación de todos los hombres. Que a vosotros, queridos *recién casados*, os conceda la gracia de anunciar con alegría y convicción el evangelio de la vida y construir vuestra familia sobre el sólido cimiento del Evangelio.